

SANTIAGO ALBA RICO

¡Viva el Mal!
¡Viva el Capital!

Los Electroduendes

Índice

Prólogo a esta edición	5
Prólogo a la primera edición	17
Cuitas y zozobras de Santiago Pelabaudios	27
Metáfora de la moda esquiva: otra aventura de Juanánodo Pérez Solenoide	41
Inalámbrico y María Tetrodia, dos ejemplos de las ventajas del progreso	55
Pérez Solenoide, o las penas de un superviviente	69
Como era de esperar, Juanánodo Pérez Solenoide acaba mal	83
La irresistible ascensión de Doña Descarga Letal	97
El Capital circula mientras Bobín se atribula	107
Claxon y Diésel se pierden en el bosque	119
El destino echa un cable a María Electronia Cigüeñal	131
La redención de Midas Calambres	143
María Borne de Timbre, o cómo vivir explotada y complacida	153
Última ilustración de las leyes de la competencia: el amargo caso de Gripando Tendido Eléctrico	165
Epílogo. Avería: el azote de los inocentes	177

Prólogo a esta edición

EL PROGRAMA *La bola de cristal*, del que formaba parte el espacio «Los Electroduendes», se emitió en la primera cadena de Televisión Española entre 1984 y 1988, época de la que nos separa, en tiempos de Twitter y TikTok, casi una era geológica. En buena lógica debería estar muerto u olvidado y, sin embargo, no es así. Durante estos treinta y tres años, el recuerdo del programa ha reflotado muchas veces; cada cinco años se le han hecho homenajes, se le han dedicado artículos y semblanzas, y cuando en 2019 murió su directora, Lolo Rico, que era —ay— además mi madre, durante muchos días *La bola* fue protagonista de titulares en todas las televisiones y todos los periódicos. Me asombra y, a veces, me irrita esta pertinacia. Todavía hoy, después de haber publicado veintitrés libros y cientos de artículos, cada vez que doy una conferencia siempre se me presenta como guionista de «Los Electroduendes» y para mi sorpresa ese rótulo encuentra eco entre personas muy jóvenes que no habían nacido en 1984. Comprendo —aunque todavía habría que explicar las razones— que para la generación inmediatamente posterior a la mía, la de los hoy cuarentones, el programa tuviera importancia e incluso que muchos de ellos aseguren haber sido políticamente polinizados por él, a sus espaldas, sin mucha conciencia de lo que entonces veían. La infancia es naturalmente productora de mitos y de fósiles. Pero sigue siendo un

misterio que *La bola* y «Los Electroduendes» ocupen un lugar tan inesperadamente grande en el imaginario bullicioso y amnésico de la España de 2021.

Alguna vez he intentado explicar el éxito de *La bola de cristal* apelando al contexto cultural de la época: la potencia anómala del programa sin duda fue el resultado de la improvisada y chapucera convergencia de dos fuerzas condenadas a separarse enseguida y que se cruzaron en 1984: un proyecto de renovación estética y musical al que se llamó «la movida» y el último rescoldo de la izquierda posfranquista, enseguida sofocado por la desmovilización política del PSOE. Era un programa infantil que no trataba a los niños como a idiotas y que, por su vivacidad musical y su carga política, acabó atrayendo tanto a los jóvenes que se sacudían la mugre del franquismo como a los adultos politizados, que entonces eran muchos. Fue por tanto un golpe de suerte en una encrucijada irreplicable. De hecho, como he explicado otras veces, la lozanía irresponsable de la emisión se benefició de un momento frágil y sin posteriores consecuencias de cimarrona libertad mediática: una grieta de anarquía potencialmente genética. Es verdad que, a partir de 1986, cuando Pilar Miró asumió la dirección de RTVE, recibimos algunas notas internas orientadas a evitar que siguiéramos haciendo críticas a los Estados Unidos o a la comida basura, pero puede decirse que tanto Lolo Rico como sus guionistas cabalgamos sin bocado ni silla durante esos cuatro años inolvidables.

Permanece, sin embargo, el misterio de la supervivencia de *La bola* en la memoria colectiva. *La bola de cristal* fue un espacio ingenioso pero chapucero, valiente pero trufado de improvisaciones, fresco y renovador pero desordenado y técnicamente imperfecto. Todos estos defectos forman parte de su encanto, sin duda, pero si sus virtudes lo han convertido, treinta años después, en un mito que toda una generación recuerda con nostalgia es porque lo que vino después agiganta sus luces. Este mito, digamos, señala menos el valor intrínseco del programa que la decepción y malestar que

presiden la actualidad. Alguna vez he escrito que los que colaborábamos en *La bola de cristal* con total irresponsabilidad y alegría sin bridas nos permitíamos anchos márgenes de improvisación convencidos de que se trataba de un ensayo, de un primer escalón hacia algo mejor, del primer eslabón de una estirpe que vería aumentar sus criaturas junto a la libertad y la democracia en España. Ocurrió más bien lo contrario. Con *La bola de cristal* nace y muere un entero linaje y, cuando todo el mundo esperaba que la Transición desembocase en el Renacimiento, llegó en cambio la Edad Media en colores. Es decir, nos fueron dando abalorios y caramelos mientras nos quitaban esperanzas de cambio, luego derechos laborales y sociales, luego libertades civiles. Conviene no olvidar que la suspensión del programa prácticamente coincidió con la aprobación de la Ley de Televisión Privada del PSOE (mayo de 1988) que, en realidad, condenó a muerte a la televisión pública.

Más allá de su calidad, a veces alta y a veces no tanto, sorprende la desenvoltura con la que *La bola* en general y particularmente «Los Electroduendes» intervenían críticamente en la realidad del momento, sin contemplaciones ni excepciones: el capitalismo, el imperialismo, la represión policial, la comida basura, los bancos y, desde luego, la herencia franquista y —por supuesto— el Gobierno de Felipe González. Toda esta electricidad subversiva se resume muy bien en la célebre consigna de la Bruja Avería («¡Viva el Mal! ¡Viva el Capital!») o en la falsa publicidad de la Caja de Ahorros y Tensiones («Usted pone la soga y nosotros le ahorcamos»), a la que los desahucios y la corrupción proporcionan en 2021 una terrorífica actualidad. Todas esas críticas, en clave de sátira, hoy serían imposibles no solo porque las televisiones privadas han excluido mercantilmente la subversión de la pantalla, sino porque todo lo que eran chistes hiperbólicos en *La bola de cristal* se han hecho luego realidad: todas las locuras que se le ocurrían a la Bruja Avería como presidenta de la República Electrovoltaica de Tetrodia algún gobierno —del PP o del PSOE— las convirtió más tarde en

Prólogo a la primera edición

«Es bueno que los niños anden descalzos. Así reciben mejor los efluvios benéficos del planeta, las vibraciones de la tierra. Las plantas y los animales no usan zapatos».

General Hernández Martínez,
presidente de El Salvador 1932-44
(citado por Roque Dalton)

APENAS LOS HOMBRES DEJAN de pensar, comienzan a entenderse. Y apenas comienzan a entenderse, todo empeora. Suele ocurrir precisamente cuando las cosas *ya han empeorado* y hay, por tanto, más cosas que explicar. Entonces, los hombres que han dejado de pensar se vuelven muy profanos: *solo creen en lo que ven*. Pero *creen religiosamente en lo que ven*. Por eso *se entienden*. Las evidencias imponen sus razones como el ejército reparte sus raciones: las mismas para todos los soldados. Los hombres, que han dejado de pensar y solo creen, pero *ciegamente*, en lo que ven, buscan en *lo que ven* la causa del *empeoramiento* y acaban por encontrar, lo más *a ras del suelo* posible, algo que suprimir *fuera de ellos*. Cuando hablan, ahora que han dejado de pensar, todos entienden lo mismo: y por eso *se entienden*. Cuando obran es siempre *para suprimir algo fuera de ellos*: y por eso todo *empeora*. Cuando esto ocurre, de pronto, nada puede ser dicho sin que, al decirlo, *se dé la razón a las*

¡Viva el Mal!
¡Viva el Capital!

Cuitas y zozobras de Santiago Pelabaudios

(Cabecera y música del telediario que funde con redacción de informativos y locutor habitual).

LOCUTOR: Su excelencia la Bruja Avería, presidente de la República de Tetrodia, ha nombrado algunos nuevos cargos para la gestión de las instituciones públicas. Helos aquí. *(Imagen de la Bruja Avería disfrazada de juez, blandiendo su rayo)*. Aquí tenemos al nuevo presidente del Tribunal Supremo de Justicia.

AVERÍA: Ergios, pilas y relentes, me gusta juzgar a la gente, aunque preferiría griparlos directamente.

(Funde con redacción de informativos).

LOCUTOR: Y este es el rostro del nuevo defensor del pueblo.

(Imagen de la Bruja Avería disfrazada con boina y chaleco de piel de cordero y armada con su rayo).

AVERÍA: Por Ortición, Saticón y Plumbicón, defenderé a la nación, aunque tenga que fundir a toda la población. Ja, ja, ja.

(Funde con locutor).

LOCUTOR: Y he aquí, finalmente, al nuevo bedel que vende las pólizas para las instancias oficiales.

(Imagen de la Bruja Avería disfrazada de bedel).

AVERÍA: Reósforos y canales, si no tiene pólizas oficiales, las consecuencias pueden ser fatales. Para rellenar instancias, para justificar sus ganancias, para viajar a Francia o incluso para ser atropellado por una ambulancia. Se lo digo por experiencia: sin pólizas no es posible la existencia. Ja, ja, ja.

LOCUTOR: Sin duda, habrán ustedes observado el parecido. Pero es que todos los gobernantes se parecen. Veamos si no...

(Tres distintas imágenes congeladas de Reagan. Cada una de ellas tiene un rótulo distinto a pie de imagen: «En Inglaterra», «En Alemania», «En España». Hay una cuarta imagen, esta vez, de Sylvester Stallone, al pie de la cual está escrito: «En Estados Unidos»).

(Imagen de amanecer en una gran ciudad que funde con Cámara, disfrazado con camisón y gorro de dormir).

VOZ EN OFF: En la República de Tetrodia vivía un hombre llamado Santiago Pelabaudios, que se levantaba todos los días a las cinco de la mañana.

CÁMARA: Soy muy feliz.

(Imágenes de colapso de tráfico).

VOZ EN OFF: Atravesaba la ciudad y, entre los alegres bocinazos, siempre se oía su vocecilla tintineante y encantadora.

(Cámara sobre las imágenes de tráfico infernal).

CÁMARA: Soy completamente feliz.

(Imágenes de actividad febril en restaurante o hamburguesería: tráfico de camareros transportando platos, comensales devorando sus viandas, etc., que funden con decorado de hamburguesería: un mostrador con picadora eléctrica y detrás, el dibujo de una enorme hamburguesa amenazadora, rezumante y caníbal. Cámara se azacana tras la barra, disfrazado con un gorrito y una camisa de colorines, muy ridícula).

VOZ EN OFF: Trabajaba catorce horas al día en una hamburguesería.

CÁMARA: Las hamburguesas son una porquería, pero mis émbolos trepidan de alegría. Y aunque su olor me gripa la nariz, yo soy feliz.

(Vuelve la barahúnda del tráfico: bocinazos, emanaciones de humo, reyertas, etc. Cámara mete la cabeza en pantalla).

VOZ EN OFF: Y luego de vuelta al hogar.

CÁMARA: Sigo siendo muy feliz.

(Imágenes de anochecer en ciudad que funden con Cámara, en decorado abstracto, con camisón y gorro de dormir).

VOZ EN OFF: Y de este modo terminaba la jornada Santiago Pelabaudios, entregándose a un merecido sueño reparador.

CÁMARA: Vivir es galvanoplástico, aunque las hamburguesas sean de plástico.

(Imágenes de cualquier versión de La vendedora de cerillas de Andersen: niña aterida de frío ofreciendo su mercancía con manos trémulas. Funde con Vídeo, en croma, disfrazada de mendigo en un sombrío callejón).

VOZ EN OFF: En las calles de Tetrodia, otra ciudadana, de nombre Galena González, también era feliz.

VÍDEO: La vida eztá de pila mázter, sobre todo para loz gánzter.

(Imágenes de la Bolsa: gráfico que muestra el alza de los índices. Patulea de inversores y corredores alzando los dedos. La orgía del templo capitalista en plena ebullición).

VOZ EN OFF: Si subía la Bolsa, Galena se rebobinaba de alegría.

(Primer plano de Vídeo, disfrazada de mendigo, en su sombrío callejón).

VÍDEO: Aunque el frío me huela laz bujiaz y no como todoz loz díaz, mejora la economía.

(Imágenes de grandes sacas de dinero, el Tío Gilito nadando en monedas, potentado insolente bajándose de un cochazo infinito).

VOZ EN OFF: Si los empresarios obtenían beneficios, ella lo celebraba con regocijo.

VÍDEO: Aunque a mí me va muy mal, aumenta la riqueza nacional. Zoy un zer afortunado por vivir en un paíz dezarrollado.

(Imágenes elocuentes de riqueza: pieles, joyas, yates, casinos, hoteles...).

E P Í L O G O

Avería: el azote de los inocentes*

EN JUNIO DE 1988, la Bruja Avería fundió a su última víctima, Casiano Neón, un obrero alienado y medio lelo al que, antes de golpear con su rayo, maldijo de esta manera: «Serás el obrero errante y de ahora en adelante trabajarás un día en Santander y otro en Alicante, hoy en la construcción y mañana en la marina mercante».

CUANDO MI hija Lucía tenía dos o tres años inventé para ella el cuento de Casimiro, un niño pijo, impertinente y descortés que vivía en una enorme mansión de veintisiete habitaciones, rodeado de diecisiete jardines y servido por noventa y siete criados. Casimiro tenía asimismo un interminable vestidor, con estanterías a un lado y a otro, en el que acaparaba tantos zapatos como la famosa Imelda Marcos: tantos pares como días tiene el año y de tantos colores como días la semana. Los lunes calzaba unos zapatos marrones, los martes amarillos, los miércoles azules, los jueves negros, los vier-

* Prólogo a *¡Viva la CIA! ¡Viva la Economía!* Virus editorial, Barcelona, abril de 2003.

nes gris perla, los sábados blancos y los domingos —porque, además de pijo, impertinente y descortés, era sumamente hortera— unos mocasines tornasolados o, por decirlo con el simpár Ortega, «iridiscentes».

Un martes Casimiro, monárquico redomado, recibe una invitación para una recepción en el Palacio de la Zarzuela. Cuando va a calzarse, como corresponde, sus zapatos amarillos, descubre dentro de uno de ellos —oh— a una familia de enanitos que, empujada por la crisis de la vivienda, ha encontrado allí un precario refugio: un papá enanito, una mamá enanita, cinco hijos enanitos e incluso un abuelo enanito en una silla de ruedas enanita. Casimiro, naturalmente, duro como el acero, no se compadece y los obliga a desalojar en el acto. ¡Qué triste imagen! Los enanitos recogen sus ropas enanitas, las meten en maletas enanitas y las cargan en carros enanitos; reúnen sus pocas viandas enanitas —algunas enanitas latas de atún y enanos mendruguitos de pan— y parten acarreando sus pobres enseres, como refugiados kosovares, en una travesía de incierto final, a través de las veintisiete salas de la mansión, hacia la puerta de la calle.

Mientras los enanitos inician su odisea, Casimiro va ufano a la Zarzuela y vuelve redondo de vanidad —y de pastelillos—. Pero cuando está a punto de entrar en el primero de sus jardines ocurre un accidente. Se pone a llover y, a pesar de que doce criados tienden por encima de su cabeza un toldo impermeable y otros quince alfombran a su paso el suelo con sus cuerpos, y otros veintitrés lo rodean en formación romana para que ni siquiera una gotita oblicua y taimada mancille su sagrada persona, un subversivo camión salpica de barro sus zapatos amarillos. Casimiro, muy contrariado, entra en casa, se sienta ante la robusta chimenea francesa, se descalza con un mohín de repugnancia y arroja los zapatos, a continuación, por encima de su hombro al tiempo que grita imperativo: «Criado número 1, ¡límpiame los zapatos!». Nadie contesta; el criado número 1 ha desaparecido. Casimiro, perplejo y furibundo, lla-